

IN LIBERTATEM VOCATI



UCAM

UNIVERSIDAD CATÓLICA
SAN ANTONIO

Excmo. y Rvdmo. Mons. José Manuel Lorca Planes
Obispo de la Diócesis de Cartagena

ACTO OFICIAL DE APERTURA DE CURSO

**LECCIÓN INAUGURAL
DEL CURSO ACADÉMICO**

2012/2013

MURCIA, 12 DE NOVIEMBRE DE 2012

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, CAMINO DE CRISTO HACIA EL HOMBRE

Para poder iniciar unas palabras sobre el tema de la Evangelización o de la Nueva Evangelización me bastaría un segundo, sólo tendría que ir a la fuente y decir: Mt. 28,19-21, pero para explicarlo ya necesitaría más tiempo. En la cita se dice explícitamente esto: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos”. Hago caer en la cuenta que esta cita corresponde al final del Evangelio de San Mateo, es el momento cuando se despide Jesús de sus discípulos diciéndoles: “Yo estoy con vosotros”, pero la nota interesante está al comienzo del mismo evangelio donde se le presenta a Jesús como “Enmanuel”, Dios con nosotros. Dios ha estado y sigue estando con nosotros.

Damos otro paso más, si vamos a hablar de la Nueva Evangelización conviene saber de donde sale la palabra evangelización. Se trata de una palabra rescatada de la vida y de la literatura, para llenarla de un sentido religioso y específico. En la literatura griega y en el texto hebreo de los masoretas, la palabra “evangelio”, tenía el sentido de recompensa por una buena noticia, o de victoria por una noticia festiva, augurar una era de prosperidad... Ni siquiera en la traducción griega de la Sagrada Escritura por los LXX, la palabra “evangelio” tenía un significado religioso. Prácticamente se comienza a usar, refiriéndose a la predicación de Cristo y la buena noticia de salvación que anuncia Jesús, en la predicación apostólica. Es curioso cómo va ganando terreno y asentándose en el Nuevo Testamento. El término “evangelio” aparece cuatro veces en San Mateo y ocho en San Marcos; dos veces en los Hechos de los Apóstoles y sesenta veces en San Pablo. Aunque sea escaso el uso de esa expresión, está muy claro en el Nuevo Testamento que se refiere a la predicación del anuncio de Cristo, pero se entiende como algo transmitido de viva voz, no por escrito (Hch 21,8; Ef 4,11; 2Tim 4,5). Los términos evangelio y evangelista tienen ya el sentido definitivo, el que nosotros conocemos, desde comienzos del s. II.

Lo admirable viene ahora cuando veamos hasta dónde llega el contenido de la palabra evangelio, que no es fruto de reflexiones muy posteriores, sino del comienzo de la predicación apostólica. Para esto nos va a ayudar el evangelista Marcos, el más temprano de los que conocemos, cuando llama a sus escritos: Evangelio. Con esta palabra abre su libro, como si fuera el título de su obra. A este escritor sagrado no le ofrece ninguna duda de que lo que está ofreciendo es un tesoro de gracia y bendición, así que desde el inicio San Marcos ya está explicando el sentido de lo que transmite y proclama en su comienzo que el contenido de este relato es el anuncio de la Salvación para la humanidad. Pero lo hace, porque está convencido de que Cristo no es solo el sujeto, sino el objeto mismo del Evangelio; que no es solo el que lo

ha proclamado, sino el contenido del Evangelio: el Evangelio es Jesús. Así de claro, el Evangelio es el Cristo predicado por los apóstoles¹. No he entrado a propósito en todas las particularidades exegéticas, porque no es el objeto de mis palabras en este momento, les puedo decir que estas cosas están tan aceptadas que no ofrecen duda entre los más refinados exegetas.

Jesucristo es la Buena Noticia para el hombre² y de tal manera lo es que los discípulos sienten la necesidad de anunciarlo a todo el mundo, con el coraje evangelizador, la “parresía”, que han recibido del Espíritu Santo.

Este dinamismo evangelizador arranca con los testimonios de los primeros discípulos de Jesús, con la fuerza que recibieron de la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés. Pero si queremos conocer y reconocer qué es y qué supone ser un evangelizador será bueno que vayamos a los orígenes, al comienzo de esta dramática aventura de seguir a Jesús. Tenemos un espléndido y luminoso testimonio en la vida de uno que se tomó muy en serio evangelizar, servir a la Palabra y el servir y ofrecer el mensaje entero, sin adulterarlo. Me refiero a San Pablo, un especial testigo de la fe, que nos sirve de modelo y del que guardamos testimonio escrito de su primer mensaje, la Primera Carta a los Tesalonicenses, escrita en el año 50 de nuestra era. De su mano podremos llegar a imaginarnos qué actitudes comporta, qué resultados ofrece, qué temple exige, qué motivaciones empujan la vida del evangelizador, qué la mantiene viva, dónde reside la fuerza, por qué aguanta, quién le empuja a seguir a pesar de las dificultades que, según cuenta él en la segunda carta a los Corintios, son muchas (cf 2Co 11, 21-33). Pero nada le hace temblar, es más, en la misma carta les dice

1 WILLI MARXEN, *El Evangelista Marcos. Estudio sobre la historia de la Redacción del Evangelio*, (1981)121.

2 Cf. PABLO VI, Exhortación Apostólica, *Evangelii Nuntiandi*, 7; SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Instrumentum Laboris, La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, 2012, 21ss.

“que nadie le tenga por insensato” (2Co 11,16), y que “vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo” (2Co 12,10).

Pablo nos abre su corazón cuando escribe a los Corintios, una comunidad que él fundó, a la que dedicó dieciocho meses seguidos. Una comunidad, que nunca olvidó y a la que siempre quiso. Seguir el itinerario de un evangelizador tan especial como Pablo nos va a dar muchas claves para poder entender la tarea evangelizadora de la Iglesia hoy, por eso insisto. En este orden de cosas, veamos que lo que da sentido a toda la labor de Pablo fue el amor apasionado a Cristo, porque Jesús lo amó primero a él, y se entregó por él y se fió de él al confiarle el ministerio del Evangelio. El amor a Cristo unificó toda su vida y su actividad incansable. Y es que, como él mismo confiesa, le urgía, le impelía y le empujaba a evangelizar el amor que Cristo le tenía y nos tiene hasta dar la vida por nosotros, de modo, dice él, que ya no vivimos para nosotros, sino para Él (2Co 5,14). Pablo es un hombre coherente.

Todos conocemos la intrepidez de este hombre, que yo he elegido como prototipo de evangelizador, cuya tarea no fue nada fácil, y no tanto por el ambiente externo de los destinatarios del mensaje del que era portador, sino también por la misma condición humana. En cuanto a lo externo, pocas serían las diferencias con nuestro mundo del s. XXI, hasta podríamos encontrar parecidos a la distancia de casi dos mil años. El recorrido misionero de Pablo es muy extenso, creó muchas comunidades de cristianos por donde quiera que iba, como fiel discípulo y apóstol de Cristo. Sería interesante que releyeran la segunda carta a los Corintios, a modo de ejemplo. En tiempos de Pablo, Corinto era una ciudad bulliciosa y con una población cosmopolita, venida de todas partes del imperio romano; era un centro de gobierno y de comercio; su población estaba compuesta por hombres de negocios, mercaderes, marineros de todo el mediterráneo, oficiales

y militares romanos; era sede de grandes juegos y competiciones. En el marco de un mundo pagano era indulgente con toda clase de excesos; Corinto tenía fama por la corrupción de sus costumbres y por su libertinaje. En el griego de la *koiné*, el verbo *korinthiazein*, significaba, “vivir como un corintio”, “llevar una vida licenciosa”³. La cultura dominante era el comercio, el pasarlo bien. Cuando llega Pablo a esta ciudad, ¿dónde creen que comienza su actividad misionera?, pues va directamente a los estibadores del puerto y desde ahí comenzará a surgir y a caminar una comunidad cristiana en medio de un ambiente enteramente opuesto al proyecto del Evangelio.

Si nos acercamos a la comunidad creyente de Corinto, ya la conocemos, pero nos la muestra con detalle San Pablo: Les alaba su fe y la valora, “no había en ella muchos sabios o ricos”, dice el apóstol; era una comunidad carismática, nacida entre los trabajadores del puerto. Amaban a Pablo y él los amaba entrañablemente, les abrió el corazón de par en par, y les pidió la correspondencia de un amor de corazón ensanchado. Pero junto a estas actitudes positivas, con el tiempo, en la comunidad se dan: divisiones y muchos grupos, insolidaridad en las celebraciones, críticas, liturgias mal celebradas, asambleas carismáticas sin orden y con competitividades, corren comentarios en contra del Apóstol, alguien había cometido un horrible abuso sexual, esgrimen autosuficiencias y orgullo. No fue una comunidad fácil para Pablo, a pesar de que la quisiera entrañablemente. Otra vez, la condición humana, tan intemporal.

San Pablo es realista, conoce bien a la comunidad, conoce sus rivalidades, terquedades, las dudas sobre la enseñanza recibida, el egoísmo, las influencias por otros mensajeros, las tentaciones de vuelta a las costumbres paganas. Pero este realismo se completa viendo, alabando y reconociendo lo mucho bueno de esa comunidad, por eso

3 Cf. VVAA, *Comentario Bíblico San Jerónimo*, IV,10

les ha animado al comienzo y llega a decir que ‘se siente orgulloso de ellos’ (2 Co 7, 4), que son su “carta de recomendación” (2Co 3,2). Esto es un dato interesante que nos hace ver cómo en un evangelizador debe entrar el amor, es decir, la palabra de aliento, el alabar, el reconocer sin reservas lo positivo, valorando en ellos su esfuerzo de creyentes, y la presencia del Espíritu. Pero, al mismo tiempo, no se callará cuando debe corregir, les denunciará sus pecados y será valiente para hacerlo cara a cara: “Lo mismo que no me mordí la lengua a la hora de decir la verdad, debo reconocer que también responde a ella los elogios que hice a Tito acerca de vosotros” (2 Co 7, 14).

Para San Pablo, el núcleo de su evangelización es Jesucristo resucitado, “exaltado sobre todo nombre”, Jesucristo es el centro de toda su vida, el criterio de valoración de los acontecimientos y de las cosas, el fin de todo esfuerzo que él hace para anunciar el Evangelio, la gran pasión que sostiene sus pasos por los caminos del mundo. Y se trata de un Cristo vivo, concreto: el Cristo -dice Pablo- “que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2, 20)⁴.

“Pasó una noche, pasó una mañana...”

Veinte siglos después de estos acontecimientos, que la Iglesia guarda como un tesoro, y a pesar de todos los avatares y transformaciones de la humanidad, permanece encendida la misma Luz, abierta la misma Puerta y se mantiene la misma oferta de Vida: “Cristo es la Luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15) con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia”⁵, se decía en el Concilio en 1964. El 4 de marzo de

⁴ Cf. BENEDICTO XVI, *Catequesis del miércoles 22 de octubre de 2008*

⁵ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática, *Lumen Gentium*, 1.

1979, el Papa, Juan Pablo II, al poco tiempo de su nombramiento como sucesor de Pedro, vuelve a orientar la mirada de la Iglesia en su Fundador ante el reto del paso de milenio: “en esta nueva etapa podemos justamente preguntarnos: ¿Cómo? ¿De qué modo hay que proseguir? ¿Qué hay que hacer para que este nuevo adviento de la Iglesia, próximo ya al final del segundo milenio, nos acerque a Aquel que la Sagrada Escritura llama: “Padre sempiterno”, Pater futuri saeculi?...”⁶. El mismo Pontífice da la respuesta razonada a renglón seguido: “la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A El queremos mirar nosotros, porque sólo en El, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna”⁷.

Cristo ayer, hoy y siempre es el Evangelio, la Buena Noticia de la Salvación, también para el hombre del siglo XXI, metido en un mundo difícil, cada vez más complejo, pero que será una nueva oportunidad para que el mundo contemple la belleza del rostro de Dios y pueda alejarse de la esclavitud de los ídolos que lleva encadenados sobre sus espaldas, impidiéndole ser libre, entorpeciendo sus pasos para pasar el mar Rojo; velando sus ojos para que no gocen de la verdadera Luz y manteniéndole paralizado en lo efímero de la vida y de las cosas (cf. Sab 15, 7-19), quedando así esclavo de sí mismo. Pero Dios conoce el corazón del hombre (Cf. Sal 138), llama a su puerta, como humilde peregrino en busca de acogida, sale al encuentro del hombre de toda época, también de nuestra época, con las mismas palabras: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Jn 8,32). Cristo se nos presenta como Aquel que trae al hombre la libertad basada en la verdad y la verdad que nos ofrece nunca envejece, no desaparece; el evangelio es verdade-

6 JUAN PABLO II, Carta encíclica, *Redemptor Hominis*, 7.1.

7 *Redemptor Hominis*, 7.2.

ro y, por lo tanto, nunca se consume. Vean la vinculación tan estrecha que existe entre la Verdad y el Evangelio, porque será una constante en toda la actividad evangelizadora de la Iglesia en todos los tiempos.

El Evangelio es para el hombre

Jesucristo es el camino que conduce al hombre, un camino que no puede ser detenido por nadie⁸. En la formulación del Credo niceno-constantinopolitano decimos que “por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo y se hizo hombre”. Desde el comienzo de su predicación exhorta a contemplar el interés de Dios por la salvación de la humanidad: ‘El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva’ (Mc 1, 15). Dios, que conoce el corazón del hombre, le invita a dar pasos hacia su verdadero ser cuando le llama a la conversión, pero, a la vez, desea responder al deseo de bien y felicidad, profundamente enraizado en el hombre. Se puede decir que el Evangelio, que es esta respuesta divina, posee un carácter ‘optimista’. Sin embargo no se trata de un optimismo puramente temporal, de un eudemonismo superficial; no es un anuncio del ‘paraíso en la tierra’. La predicación de Cristo plantea a sus oyentes exigencias esenciales de naturaleza moral; les indica la necesidad de renunciaciones y sacrificios; su predicación está relacionada, en definitiva, con el misterio redentor de la cruz..., cuya referencia es el amor. Para descender a los detalles podemos ver el programa de las bienaventuranzas (Cfr. Mt 5, 3-11), síntesis de todo el ‘éthos’ evangélico vinculado al misterio de la redención.

Jesús tiene en cuenta a los que tiene delante, a los que les dirige su mensaje, cuida la pedagogía y les habla de manera adecuada a su

⁸ Cf. *Redemptor Hominis*, 13, Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral, *Gaudium el Spes*, 22; SINODO, *Instrumentum Laboris*, 28ss

mentalidad y cultura. Los que creyeron en Él siguieron la palabra de su predicación, pero mucho más a aquel que la predicaba, porque les ofrecía ‘palabras de vida’, como confesó Pedro. Descubren pronto que es “el único Salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar a Dios”⁹.

Dios apuesta por el hombre en toda su verdad, en su plena dimensión. No se trata del hombre ‘abstracto’ sino real, ‘concreto’ e ‘histórico’: “Por vosotros y por todos los hombres”¹⁰, como dice el sacerdote en las palabras de la Consagración. Cristo ha derramado su Sangre y ha muerto por todos y a todos abarca el misterio de la Redención y con cada uno se ha unido Cristo, para siempre, por medio de este misterio. “Todo hombre viene al mundo concebido en el seno materno, naciendo de madre, y es precisamente por razón del misterio de la Redención por lo que es confiado a la solicitud de la Iglesia”¹¹.

Ahora el papel de la Iglesia adquiere sentido. Así, la respuesta a las posibles preguntas sobre la razón de ser de la Iglesia y sobre su misión específica dentro de la sociedad, es esta: La Iglesia es continuadora de la misión de Jesucristo¹², y al mismo tiempo es la primera beneficiaria de la salvación. La Iglesia no puede dejar de cumplir la tarea para la que fue llamada¹³: la misión, así que con todo respeto de todas las creencias y sensibilidades, con sencillez, proclama nuestra fe a todos los hombres: “Ésta es la fe que profesa y celebra la Iglesia, en esta fe somos incorporados por el bautismo a la salvación que está en Cristo, esa es la fe que nos libera del poder de la muerte y del cautiverio de este mundo, la fe que nos perdona los pecados y nos hace amigos e hijos de Dios, la fuente de nuestra soberanía respecto de las co-

9 JUAN PABLO, Carta Encíclica, *Redemptoris Missio*, 5.

10 MISAL ROMANO, *De las palabras del sacerdote en la consagración del vino*.

11 *Redemptor Hominis*, 13,3.

12 *Lumen Gentium*, 5.

13 SINODO, *Instrumentum Laboris*, 33ss

sas de este mundo y el origen de la verdadera fraternidad. Solamente conservándonos en esta fe bautismal somos cristianos verdaderos”¹⁴.

La Salvación que ofrece Dios es un regalo, pero exige colaboración del hombre, no se le impone a nadie, se le ofrece a todos. Es un don que se le pide al hombre que lo acoja y desarrolle, si quiere vivir según el plan salvífico del Señor: “abrirse al amor de Dios es la verdadera liberación. En él, sólo en él, somos liberados de toda forma de alienación y extravío, de la esclavitud del poder del pecado y de la muerte. Cristo es verdaderamente nuestra paz (Ef 2, 14), y el amor de Cristo nos apremia (2 Co 5, 14), dando sentido y alegría a nuestra vida”¹⁵.

¿Puede el hombre rechazar este don? La respuesta es evidente. El hombre es libre y ejerce su libertad, porque le puede decir a Dios que no. Sin embargo, no se puede pasar por alto que el hombre no se queda en un plano horizontal, sino que está abierto a la transcendencia, busca el absoluto. Atendiendo a la libertad de las personas, la fe no se le impone a nadie, sólo se propone. Pero, por otra parte, la Iglesia sabe que no debe, ni puede, dejar de anunciar a Jesús y mantiene vivo su empuje misionero e incluso desea intensificarlo en un momento histórico como el nuestro¹⁶. Quien está lleno de prejuicios o en su mente habita el deseo de perseguir la obra de Dios, todo lo medirá bajo el criterio de la sospecha y la predicación de la Iglesia le parecerá perjudicial para el hombre.

El anuncio y el testimonio de Cristo, cuando se llevan a cabo respetando las conciencias, no violan la libertad. El mensaje que predica la Iglesia necesita una respuesta, exige la libre adhesión del hombre, al que va destinado, porque la criatura tiene derecho a conocer a Dios,

14 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Testigos del Dios vivo. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad*, 19.

15 *Redemptoris Missio*, 21

16 Cf. *Evangelii Nuntiandi*, 53.

su creador. Por otra parte, el hombre se hace preguntas acerca de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad y en ese camino de búsqueda tiene posibilidades de encontrarle, aunque su búsqueda sea a tientas: “Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre y, por tanto, enaltecidos con una responsabilidad personal, tienen la obligación moral de buscar la verdad, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a adherirse a la verdad conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad”¹⁷. Esto que dice el Concilio fue la experiencia misma que cuenta San Agustín, su propia aventura en busca de la Verdad, hasta que se encuentra con Dios: “Vos estabais dentro de mi alma y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis creado. De lo que infiero que Vos estabais conmigo y yo no estaba con Vos... Pero Vos me llamasteis y disteis tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera”¹⁸.

El grito de Bartimeo

Que Dios sabe hacer bien las cosas está claro, pero es admirable cómo llega a sorprendernos: El día de la Clausura del Sínodo de la Nueva Evangelización se lee en la Misa el milagro de la curación del ciego Bartimeo, tal como viene señalado en la liturgia. El Papa aprovechó el relato y dijo que esa curación del ciego fue “la última curación prodigiosa que Jesús realiza antes de su pasión, y que no es casual que sea la de un ciego, es decir, una persona que ha perdido la luz de sus ojos”. Sigue diciendo el Papa que “este hombre no era ciego de nacimiento, sino que ha perdido la vista: es el hombre que ha perdido la luz y es consciente de ello, pero no ha perdido la esperanza, sabe

17 CONCILIO VATICANO II, Declaración, *Dignitatis humanae*, 2.

18 SAN AGUSTIN, *Confesiones*, X, 27, 23.

percibir la posibilidad de un encuentro con Jesús y confía en él para ser curado... Bartimeo representa al hombre que reconoce el propio mal y grita al Señor, con la confianza de ser curado". Me permito seguir el recorrido de la curación por contemplar la importancia de las consecuencias que podemos sacar. Así lo comenta el Santo Padre: "En el encuentro con Cristo, realizado con fe, Bartimeo recupera la luz que había perdido, y con ella la plenitud de la propia dignidad: se pone de pie y retoma el camino, que desde aquel momento tiene un guía, Jesús, y una ruta, la misma que Jesús recorre". En esto se apoya el Papa para decirnos que "Todos los hombres tienen el derecho de conocer a Jesucristo y su Evangelio" y que es obligación nuestra darlo a conocer.

Se pone en primer plano el tema de la luz y las tinieblas, términos muy conocidos por la Iglesia, por el uso que hace Jesús de ellos y que apuntan a la fe. El extraordinario relato del ciego de nacimiento que señala San Juan en su evangelio (Cr. Jn,9) es un ejemplo del camino de la fe y de las dificultades que tiene que superar el hombre, hasta la decisión de seguir a Jesús. Son muchas las trabas que van surgiendo en el devenir de nuestra historia y de nuestra sociedad y que, lejos de ir disminuyendo, se van afianzando y tomando carta de ciudadanía, en los ambientes de nuestra cultura.

No es fácil hoy hablar de Dios, por eso, no nos engañemos y comencemos por llamar a las cosas por su nombre con total objetividad, sin idealizarlas, mirando a la cara al mundo, presentándole con decisión el Plan salvador de Dios. Pero debemos partir desde casa, desde dentro de la misma Iglesia, despejando el horizonte de nuestros miedos y temores, con valentía. Sabemos que partimos de la falta de naturalidad a la hora de transmitir la fe los padres a los hijos; que en muchas familias se ha dejado de vivir la fe; muchas, aunque sus hijos han estado apuntados a la catequesis y han hecho la Primera Comunión, han dejado de asistir a la parroquia; otros, por el alto nivel de influencia del ambiente que les rodea, viven en la pasiva indiferen-

cia ante lo religioso. El hacer dejación de nuestras responsabilidades, como cristianos e hijos de la Iglesia, ha favorecido la fuerte secularización en la que vivimos.

Las consecuencias del secularismo que invade todos los ámbitos del hombre de hoy no es producto de pocos años, sino que se viene arrastrando mucho tiempo y va minando, por dentro nuestra sociedad. Hace treinta años, en el Concilio, se subrayó la situación del hombre en el mundo, sus esperanzas y temores, los cambios profundos y acelerados que se estaban produciendo, el poder económico de unos, el hambre y las miserias en otros; agudas tensiones políticas y sociales, económicas, raciales e ideológicas; cambios en el orden social, psicológicos, morales y religiosos¹⁹... Visto el panorama, los padres conciliares quisieron dar una respuesta a lo que estaba asomando como problema y advirtieron de ello. La solución que proponían es válida también para el hombre del s. XXI, porque Dios no pasa. Proponían acercarse a la luz de la fe para que se viera el Plan divino para el hombre, proponían resaltar los valores más excelentes y que hacían bien al hombre y enlazarlos de nuevo con su fuente divina. Los valores, los dones y gracias que hemos recibido de Dios nos han hecho crecer y madurar en humanidad, han sido un pozo muy hondo de riqueza y de bien, con una bondad extraordinaria, pero cuando la criatura se ha alejado de Dios, le ha dado la espalda a su Creador, sufre desviaciones contrarias a su debida ordenación y deben purificarse, se repite la historia de Adán y Eva. El Concilio ofreció, mediante la luz de Dios, soluciones plenamente humanas, que reconstruyeran el ser del hombre, tal como salió de las manos de su Señor. Pero han pasado ya cincuenta años, desde la Clausura del Concilio, bajo el peso de la historia y aquella dramática situación no ha terminado de superarse, al contrario, se ha agudizado más en la sociedad, disminuye el número de los practicantes y crece el de los indiferentes y agnósticos.

19 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral, *Gaudium et Spes*, 4ss.

En el año 1985, los obispos españoles describieron el horizonte de la sociedad bajo negros nubarrones, con la esperanza de la Luz del sol, Jesucristo: “En nuestro mundo hay fuertes fermentos de ateísmo y de indiferencia religiosa. Paradójicamente, el hombre moderno se siente tentado de ateísmo y agnosticismo, tanto por la excesiva admiración de sí mismo como por el sentimiento de frustración y el escepticismo que le produce la experiencia de sus propios fracasos... El crecimiento de la ciencia, las admirables adquisiciones técnicas, la ingenua esperanza de poder llegar a dominar totalmente los recursos de la naturaleza y regir por sí solo los caminos de la historia y del universo, llevan al hombre actual a rechazar la presencia y la intervención de cualquier otro agente que no sea él mismo y no pueda ser sometido a sus cálculos y proyectos. Le parece una injerencia intolerable y una inaceptable abdicación de sus propias prerrogativas... La implantación de un modelo de vida dominado por el consumo y disfrute del mayor número posible de cosas, induce a amplios sectores de nuestra sociedad, bautizados en su mayor parte, a prescindir prácticamente de Dios y de salvación eterna en su vida pública y privada; más aún hay síntomas de que estamos llegando a unas formas de vida en las que el hombre pierde la capacidad de preguntarse por el origen y el último sentido de su vida”²⁰.

El tema era muy preocupante, vistas las conclusiones que se desprenden del análisis de los obispos españoles: “De la conjunción de estos factores nace un espíritu desconfiado, pragmático, amigo de disfrutar del mundo y de la vida, sin poner la confianza en revelaciones ni promesas que no estén al alcance de la mano ni se puedan disfrutar aquí y ahora de manera inmediata. Este espíritu, ampliamente difundido entre nosotros es más propenso a la incredulidad que a la fe, al pragmatismo que a la esperanza, al egoísmo que al amor y a la generosidad”.

²⁰ *Testigos del Dios Vivo*, 21.

Este tipo de fenómenos, también en nuestros días, los está denunciando abiertamente el Papa Benedicto XVI, sale al encuentro de ellos y, como Maestro de la fe, perfila los caminos y nos anuncia el poder de Dios para superar las sombras que cubren a los hombres: “Ésta es una invitación que resuena hoy con particular fuerza. En la crisis actual, que afecta no sólo a la economía sino a varios sectores de la sociedad, la Encarnación del Hijo de Dios nos dice lo importante que es el hombre para Dios y Dios para el hombre. Sin Dios, el hombre termina por hacer prevalecer su propio egoísmo sobre la solidaridad y el amor, las cosas materiales sobre los valores, el tener sobre el ser. Es necesario volver a Dios para que el hombre vuelva a ser hombre. Con Dios no desaparece el horizonte de la esperanza incluso en los momentos difíciles, de crisis: la Encarnación nos dice que nunca estamos solos, Dios ha entrado en nuestra humanidad y nos acompaña... Pero es Dios precisamente quien libera nuestra libertad, la libera de su cerrarse en sí misma, de la sed de poder, de poseer, de dominar, y la hace capaz de abrirse a la dimensión que la realiza en sentido pleno: la del don de sí, del amor, que se hace servicio y colaboración.”²¹.

Las soluciones dadas para salir de esta sociedad enferma van siempre por el mismo camino, están acertadísimas, porque se pone en el centro del interés de ellas al hombre, liberarlo de todo lo que le tiene prisionero, que recupere la verdad de su ser. ¿Qué sucede cuando pasa tanto tiempo y no hay respuesta? Sencillamente, que el problema no está en Dios, sino en la sordera del hombre, que se ha propuesto no oír a Dios. También influyen las imposiciones laicistas del poder político, para que se destierre toda influencia religiosa en la vida pública. Un ejemplo patente puede verse en esta afirmación: “Las religiones son intervencionistas por naturaleza, algunas especialmente, y no nos equivoquemos: van a intentar coartar el Estado de derecho en fun-

21 BENEDICTO XVI, *Homilía en la Plaza de la Virgen de Loreto, con motivo del 50 Aniversario del viaje de Juan XXIII*, 4 octubre del 2012.

ción de sus creencias. Pero ¿cómo vamos a garantizar los principios de libertad individual por encima de las fes colectivas si no somos radicalmente laicos? Con Dios no se puede jugar, es como el fuego en manos de niños: no alumbrá, quema. Permitir que asome la oreja en lo público y, sobre todo, permitir que intervenga en lo público es poner en peligro el primer fundamento de la democracia”²².

Es evidente que, desde el punto de vista de la Iglesia, que algo hay que hacer para que se conozca a Jesucristo, fuente de nuestra Vida y Salvación. No puede la Iglesia callarse, si conoce la fuente del agua viva, debe seguir dando la oportunidad a todos para que puedan encontrarse, como la samaritana, con el Señor en la boca del pozo. Esta cultura que potencia el egoísmo termina cansando y arrastra con la fuerza de un remolino en el sinsentido y en el desencanto.

Hay esperanza, ante las sombras: Vigilar y resistir

La espiritualidad cristiana nos ha informado siempre acerca de la actitud de vigilancia, por nuestra frágil condición y por las dificultades que nos rodean. La parábola de las vírgenes necias y prudentes del Evangelio es una advertencia seria. La propia experiencia nos confirma la importancia de estar edificados sobre roca. En la sociedad en la que vivimos no todo es luz, existen muchas sombras que nos rodean y que nos hacen daño; precisamente por esto es importante saber discernir y valorar la Luz que nos alumbrá en nuestra condición de cristianos. Por esta razón, siguiendo la pedagogía de Nuestro Señor Jesucristo, el Papa, a su llegada a España, les hizo a los jóvenes una breve descripción de las sombras y pecados que tienen delante, también de cómo librarse de ellos permaneciendo en la Luz de Dios: “Este descubrimiento del

22 PILAR RAHOLA, *Dios empieza a ser una lata*, EL PAÍS, Cataluña, 03-11-2001

Dios vivo alienta a los jóvenes y abre sus ojos a los desafíos del mundo en que viven, con sus posibilidades y limitaciones. Ven la superficialidad, el consumismo y el hedonismo imperantes, tanta banalidad a la hora de vivir la sexualidad, tanta insolidaridad, tanta corrupción”²³. La Luz es siempre la de Dios, la que nos hace ver claro el camino, la que nos muestra el rostro del otro como el de un hermano al que hay que valorar y respetar. Esto es determinante, pero no es un tema nuevo. El mismo Jesús habla del trigo y de la cizaña, de la luz y de las tinieblas..., y ya desde los orígenes se invitaba a los cristianos a estas dos cosas, vigilar y resistir: “vigilad, porque vuestro Adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar. Resistidle, firmes en la fe...”²⁴.

Los problemas y las dificultades son los de siempre, los de la condición humana, que Dios se ha comprometido con nosotros, ha dado la cara por nosotros, sale a nuestro encuentro siempre y nos rescata por su misericordia. Quiere esto decir que podemos liberarnos de nuestras cadenas y podemos, porque Dios ha tomado la iniciativa y ha salido a nuestro encuentro: “Vosotros sois un linaje escogido... un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa”²⁵, leemos en las cartas apostólicas. Hago notar, que la solución va en la misma dirección.

La conclusión que sacamos es que hay que espabilar, que se debe estar siempre atento, vigilando, con las lámparas siempre encendidas y con provisión de aceite, tal como nos decía Jesús en la parábola de las vírgenes prudentes. Se debe uno mantener en el sí incondicional que le dio a Dios. Esta actitud permitirá ser un verdadero testigo de la esperanza cristiana ante el hombre moderno, agobiado por grandes e

23 BENEDICTO XVI, *Discurso en el aeropuerto...*

24 1Pe 5,8-9.

25 1Pe 2,9b.

inquietantes problemáticas que ponen en crisis los cimientos mismos de su ser y actuar.

Las sombras de hoy

Hagamos un repaso rápido a esas problemáticas, que acechan al hombre de hoy y de las que tenemos que estar sobre aviso, porque están presentes en la sociedad actual y han sido señaladas tantas veces por el Magisterio reciente de la Iglesia²⁶, para no dejarse llevar por ellas. Estas son algunas de las principales:

1. *Laicismo*. “La ideología laicista” se presenta hoy –y lo es realmente- como una doctrina, concebida, formulada y concretada en un proceso de ingeniería social en orden a conseguir, por la vía del poder, un modelo de sociedad en la que Dios esté ausente o reducido al ámbito de lo privado²⁷. Así lo expresó el Cardenal Rouco: “La ideología laicista contiene consecuentemente, también, una teoría jurídica que propugna una total separación entre la Iglesia –y/o Religión- y el Estado –y/o comunidad política-. El ejercicio del derecho a la libertad religiosa queda relegado al ámbito de lo privado”²⁸.

26 Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje a los jóvenes con ocasión de la XXVI Jornada mundial de la Juventud*. Madrid 2011; BENEDICTO XVI, *Discurso al congreso eclesial de la Diócesis de Roma*, junio de 2011; etc.

27 Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje a los jóvenes...*: “En efecto, hay una fuerte corriente de pensamiento laicista que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y la sociedad, planteando e intentando crear un “paraíso” sin Él. Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un “infierno”, donde prevalece el egoísmo, las divisiones en las familias, el odio entre las personas y los pueblos, la falta de amor, alegría y esperanza. En cambio, cuando las personas y los pueblos acogen la presencia de Dios, le adoran en verdad y escuchan su voz, se construye concretamente la civilización del amor, donde cada uno es respetado en su dignidad y crece la comunión, con los frutos que esto conlleva. Hay cristianos que se dejan seducir por el modo de pensar laicista, o son atraídos por corrientes religiosas que les alejan de la fe en Jesucristo. Otros, sin dejarse seducir por ellas, sencillamente han dejado que se enfriara su fe, con las inevitables consecuencias negativas en el plano moral”.

28 Cf. CARD. ANTONIO MARÍA ROUCO. *El Laicismo: el retorno intelectual y cultural de una vieja categoría política*, en: “Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas”, Madrid, 2006.

A nadie se le oculta que el cristiano se encuentra con que vive la fe en Dios y en Jesús en un contexto particular de “olvido de Dios”, en una especie de “eclipse del sentido de Dios”, en un laicismo difundido que lo elimina de la vida pública. Puesto que Dios es la fuente de la vida, el ser humano, sin una referencia consciente a su Creador, pierde su dignidad e identidad. El olvido de Dios es el origen de todos los problemas de la sociedad. En tal contexto, es urgente que se encuentre de nuevo la primacía de Dios en la vida del hombre: «Todo cambia dependiendo de si Dios existe o no existe»²⁹.

Hemos visto cómo la cultura actual, especialmente en Occidente, tiende a excluir a Dios, o a considerar la fe como un hecho privado, sin ninguna relevancia en la vida social, a pesar de que el conjunto de los valores, que son el fundamento de la sociedad, provengan del Evangelio –como el sentido de la dignidad de la persona, de la solidaridad, del trabajo y de la familia-. Aún se entiende menos el creciente rechazo del cristianismo y la negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder lo que más profundamente nos caracteriza, cuando se trata de un derecho que está reconocido en la Declaración de Derechos Humanos³⁰. Al laicismo sólo le interesa su programa y cierra los ojos a la razón, no quiere entender que al cercenar la libertad religiosa priva al hombre de algo fundamental y que es un contrasentido pretender eliminar a Dios para que el hombre viva. Si Dios es la fuente de la vida, eliminarlo equivale a separarse de esta fuente e, inevitablemente, privarse de la plenitud y la alegría: «sin el Creador la criatura se diluye»³¹.

29 JOSEPH RATZINGER, *Jubileo de los catequistas y profesores de religión*, Roma, 10 diciembre 2000.

30 La *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, promulgada por la Organización de las Naciones Unidas en 1948, garantiza (Art. 18) a todas las personas la “libertad de manifestar su religión o creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado”.

31 *Gaudium et Spes*, 36.

Benedicto XVI vuelve a llamar la atención, en un resumen a los jóvenes, sobre la importancia de tener las cosas claras y centrar nuestra fe frente al laicismo: “Todas las filosofías que lo ignoran, considerándolo ‘necedad’ (1 Co 1, 23), muestran sus límites ante las grandes preguntas presentes en el corazón del hombre. Por ello, también yo, como Sucesor del apóstol Pedro, deseo confirmaros en la fe (cf. Lc 22, 32). Creemos firmemente que Jesucristo se entregó en la Cruz para ofrecernos su amor; en su pasión, soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros pecados, nos consiguió el perdón y nos reconcilió con Dios Padre, abriéndonos el camino de la vida eterna. De este modo, hemos sido liberados de lo que más atenaza nuestra vida: la esclavitud del pecado, y podemos amar a todos, incluso a los enemigos, y compartir este amor con los hermanos más pobres y en dificultad”³².

2. *El relativismo.* Este está presente de una manera muy sutil en el núcleo de la sociedad, ha entrado con una programación milimétrica y toca las fibras que afectan más directamente a la capacidad de decidir el hombre, porque no le crea problemas y le justifica todo en su vida. En una mentalidad relativista todo da lo mismo y no existe ninguna verdad, ni hace referencia al absoluto, no genera verdadera libertad, sino inestabilidad, desconcierto y un conformismo con las modas del momento. Si todo está bien, el pluralismo adquiere rango de valor absoluto y definitivo. La verdad no interesa, uno se instala directamente en la contingencia, en la variedad, en la inseguridad, de una manera permanente. Te han quitado las seguridades, los apoyos, las convicciones y se te ha dejado a merced del viento, sometido a lo políticamente correcto, a los Medios de Comunicación, a las modas, a ser un perfecto consumidor sin nombre. La vida, la verdad y la libertad, como valores, no cuentan. Esto da origen a una mentalidad, a una cultura, ya tan generalizada, en la que se privilegia la duda, considerada signo de una mente libre más que estímulo para la búsqueda

32 BENEDICTO XVI, *Mensaje a los jóvenes...* JMJ 2011.

incansable de la verdad; en la que se privilegia la discusión, a veces transformada en fin de sí misma.

Este panorama social es desolador, pero es el que tenemos, y no parece que haya mucho interés en despejarlo, más bien se sigue alimentando para que cunda más, lo lamentable es la negativa influencia en todos, pero más en los jóvenes y en el futuro de la sociedad. Sobre esto tiene una preciosa intervención el que fue Arzobispo de Pamplona, Mons. Fernando Sebastián: “tenemos que decir que esta cultura dominante que se nos vierte por todos los medios de comunicación, con el gran poder del dinero, de las conveniencias políticas, de la manipulación comercial de los ciudadanos, resulta casi todopoderosa sobre las generaciones jóvenes, privadas del apoyo de los adultos que, en proporciones alarmantes, han desertado de su responsabilidad educadora tanto en la familia como en los centros de educación. Los jóvenes, abandonados a sí mismos, se ven abocados a una ejercer una libertad prematura en un sociedad donde la propaganda ejerce una presión asfixiante. Ellos son las primeras víctimas de esta mentalización interesada, regida por el interés económico y político, más que por el respeto a la verdad y el verdadero servicio a su crecimiento personal”³³.

Los jóvenes tienen derecho a recibir de las generaciones que les preceden puntos firmes para hacer sus opciones y construir sus vidas, del mismo modo que una planta pequeña necesita un apoyo sólido hasta que crezcan sus raíces, para convertirse en un árbol robusto capaz de dar fruto. La Iglesia, en esta época, tiene que saber ofrecer las certezas de la fe con valentía. Debemos estar bien fundados en las certezas de la razón, en las certezas de la divina Revelación, en las certezas del Magisterio de siempre. Aunque nos acusen, falsa y equi-

33 FERNANDO SEBASTIÁN, *Secularización y Fe. Cursos de verano de la Universidad Juan Carlos I Aranjuez*, 5 de julio 2005.

vocadamente, de intolerantes o totalitarios, los cristianos católicos debemos ser personas de la certeza y debemos poder dar certezas a los demás. Certezas que tienen su centro en la certeza fundamental, que es la Resurrección de Cristo, sin la cual nuestra fe sería vana y vano sería todo nuestro actuar, que se convertiría en golpear el aire.

Nuestra certeza es Cristo, el único Salvador, sólo Él es la salvación. ¡Él no es “un” camino, “una” verdad, “una” vida, sino “el” Camino, “la” Verdad, “la” Vida! En otros lugares puede haber elementos de verdad, que es necesario valorar, pero que en definitiva sólo en Él se encuentran en plenitud y es el único Salvador del hombre³⁴. El remedio contra este fundamentalismo que se quiere imponer, por encima de la razón y del hombre, es el conocimiento de la Verdad que nos ofrece Jesucristo. La centralidad de Cristo en la vida de un cristiano es esencial. El mensaje de advertencia que da San Agustín no ha perdido actualidad: “Cristo es el puente que une los extremos del camino interrumpido; es la única nave que puede atravesar el mar sin fondo del pecado para unirnos con Dios. ¿Cómo nos podemos permitir olvidarlo si es el único nexo existente?”³⁵.

3. *Mediocridad*. La cuestión del trabajo, y con ello la de tener el porvenir asegurado, es un problema grande y apremiante, que ha llevado a mucha gente a la depresión cuando no lo alcanzan, a sentirse frustrados, a pensar que la vida no tiene sentido cuando no salen las cosas como uno quiere... En estas circunstancias se está en un grave peligro, porque puedes dejarte llevar, perderte en la tentación de la mediocridad, de la vida aburguesada, la seducción de sueños vacíos, dejarte llevar o manejar por cualquier viento de poder o de cultura

34 Cf. CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE. *Dominus Iesus*, III, 13: “debe ser firmemente creída, como dato perenne de la fe de la Iglesia, la proclamación de Jesucristo, Hijo de Dios, Señor y único salvador, que en su evento de encarnación, muerte y resurrección ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, que tiene en él su plenitud y su centro”.

35 Cf. SAN AGUSTÍN, comentario a Jn 1,6-14.

dominante... eres una marioneta en brazos de otros y lo grave es que uno no se da cuenta y piensa que los equivocados son los demás.

Es el momento de hacer un alto en el camino y detenerse a pensar. Es la hora de dar juego a las dos alas³⁶ de que dispone el hombre, la fe y la razón, porque ambas las ha regalado Dios para ayudar a la persona a encontrar la Verdad y a permanecer en ella.

4. Otro aspecto que no pasa desapercibido es la *crisis de fe*, por la que pasan muchos, aunque en ocasiones no sean conscientes o se hayan dejado llevar de las presiones sociales o culturales: "los que se confiesan practicantes, pero su vida cotidiana se nutre de fuentes, convicciones y criterios muy alejados del espíritu cristiano. Su fe es tan lánguida, su esperanza tan apagada, su vida tan pagana como la de muchos contemporáneos que han abandonado la práctica religiosa. Dios está ausente en esferas decisivas de su existencia. Viven en la incredulidad sin formularla explícitamente y sin confrontarla con la fe cristiana... Su adhesión personal a Dios es cada vez menos firme y confiada. Se siguen llamando creyentes, pero su fe se está quedando como debilitada por la indiferencia y oscurecida por la vacilación y la duda"³⁷.

El panorama es bastante sombrío, pero no nos sentimos derrotados, tendríamos que tomar ejemplo de San Pablo, ser unos "locos por Cristo... nos insultan y les deseamos bendiciones, nos persiguen y aguantamos, nos calumnian y respondemos con buenos modos..." (1Co 4, 10-13). Tenemos delante un reto, ponernos en pie, confiar en Dios, como han hecho los testigos, y anunciar la fe, hablarle a todo el mundo de la belleza de la fe, el mensaje de salvación que nos ofrece Nuestro Señor Jesucristo, sin acobardarse, sin pesimismo, sin mie-

36 Cf. JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, Introducción.

37 OBISPOS VASCOS, *Al servicio de una fe...*

dos. A esto se le llama evangelizar. Juan Pablo II pedía que esta Nueva Evangelización fuera Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión³⁸.

Nueva Evangelización: Estructura y Método

Doce años antes de haber convocado Benedicto XVI el Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, les explicaba en Roma, siendo Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe, el Cardenal Joseph Ratzinger, a los catequistas y a los profesores de religión³⁹ la estructura, el método y el contenido de lo que él entendía debería ser la Nueva Evangelización. Su planteamiento es fascinante y muy ajustado a la manera de actuar Jesús, desde la sencillez de estilo y desde la contundencia del mensaje.

1. *Estructura*. El partía desde la realidad social en la que se encuentra el hombre del siglo XXI, la constatación del proceso progresivo de descristianización y de pérdida de los valores humanos esenciales, que resulta preocupante. Se interesa por buscar nuevos caminos para llevarle el Evangelio a todos, especialmente a los más alejados, pero evitando la tentación de la impaciencia, que dice que es la tentación de buscar el gran éxito inmediato y los grandes números.

Sorprendente la insistencia en dejar a un lado los clichés del número y de lo grande y propone un modelo del que hay que sacar consecuencias: la parábola del grano de mostaza (cf. Mc 4, 31-32). La explicación es sencilla, trabajar con la humildad del granito, dejando que Dios decida cuándo y cómo crecerá (cf. Mc 4, 26-29) y lo justifica,

38 JUAN PABLO II, *Discurso a la XIX Asamblea del CELAM* (Port au Prince, 9 de marzo de 1983).

39 JOSEPH RATZINGER, *Conferencia pronunciada el Congreso de catequistas y profesores de religión*, Roma, 10.XII.2000.

diciendo que los grandes proyectos tienen siempre inicios humildes, que así ha actuado Dios en la historia. “No por ser grande te elegí; al contrario, eres el más pequeño de los pueblos; te elegí porque te amo...”, esto es lo que dice Dios al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento. Esta es la paradoja fundamental de la historia de la salvación: ciertamente, Dios no cuenta con grandes números; el poder exterior no es el signo de su presencia.

En la persona de Jesús, en cómo vivió y en su predicación, gran parte de sus parábolas indican esta estructura de la acción divina, precisamente todo lo contrario a lo que pide el mundo. El mundo se mueve por otros parámetros, que están más cerca de lo que le presenta Satanás a Jesús en las tentaciones del desierto: “Te daré todo esto, todos los reinos del mundo...” (cf. Mt 4, 9). El estilo está claro, la nueva evangelización debe actuar como el grano de mostaza.

2. *Método.* Propone los métodos modernos, por la importancia de lo que consiguen, lograr que se nos escuche; pero con un matiz esencial, hacer accesible y comprensible la voz del Señor. No se trata de que se escuche nuestra voz, sino la de Aquel que es la Vida: Cristo. El anuncio de Cristo, el anuncio del Reino de Dios, supone la escucha de su voz en la voz de la Iglesia. Se nota cómo va cercando el verdadero sentido del anuncio del Reino de Dios, lo que un evangelizador debe tener en cuenta, para predicar, como advertía San Pablo: “Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús” (2Co 4,5). Ahora bien, todos los métodos serán ineficaces si no están fundados primero en una intensa vida de oración. La predicación tiene su fundamento en una intensa vida de oración.

La estrecha unión del discípulo con Cristo, que se va fortaleciendo en la oración, permite que uno no se quede en representar un papel, sino en identificarse con Cristo, en la entrega total. La vida de

Jesús, como demuestra de modo muy hermoso el evangelio de San Lucas, fue un camino hacia la Cruz, una ascensión hacia Jerusalén. Jesús no redimió el mundo con palabras hermosas, sino con su sufrimiento y su muerte. Su pasión es fuente inagotable de vida para el mundo; la pasión da fuerza a su Palabra. Con su pasión encontramos sentido a lo que nos dijo: “el grano de trigo que cae tierra y muere da mucho fruto” (cf. Jn 12, 24). La Cruz pertenece al misterio divino, es expresión de su amor hasta el fin (Jn 13, 1), quien omite la Cruz, omite la esencia del cristianismo (cf. 1 Cor 2, 2).

Entregarte al Plan de Salvación de Dios exige, como Jesús, dar la vida, olvidarte de ti mismo y querer hacer la Voluntad del Padre incondicionalmente, ya lo dijo el Salvador: “Quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8, 35). No podemos dar vida a otros sin dar nuestra vida.

Respuestas de la Iglesia

1. Prepara el camino a la nueva evangelización

La Iglesia, como continuadora de la obra de Jesús, nos urge a dar la cara a la situación con valentía, a llevar adelante la nueva evangelización misionera. Este ha sido el contenido de la reflexión del Sínodo de los Obispos⁴⁰. Esto nos compromete, en primer lugar, a convertir nuestras personas y nuestras comunidades en vehículos más transparentes del Evangelio de Dios; y, en segundo lugar, volver a ofrecer la Buena Noticia a todos aquellos que no la conocen o la conocen mal, a los alejados, a los que dudan... El reto que nos plantea la nueva

⁴⁰ Cfr. SÍNODO OBISPOS. XIII Asamblea, *Lineamenta...* “Desde el Concilio Vaticano II hasta el presente, la nueva evangelización ha sido siempre presentada, cada vez con más claridad, como el instrumento gracias al cual es posible enfrentar a los desafíos de un mundo en acelerada transformación, y como el camino para vivir el don de ser congregados por el Espíritu Santo para realizar la experiencia del Dios que es para nosotros Padre, dando testimonio y proclamando a todos la Buena Noticia –el Evangelio– de Jesucristo”.

situación que estamos viviendo es la de cuidar toda la tarea evangelizadora, comenzando por nosotros mismos. La transformación del mundo se inicia ya en el cristiano convertido que rehace sus actitudes profundas y sus relaciones con los demás, movido por el dinamismo del Espíritu; también la familia cristiana coopera a la transformación de este mundo a Dios.

Cada bautizado está llamado a esta misión. La llamada a la evangelización no atañe sólo a algunos miembros de la Iglesia, sino que es un encargo y una gracia para todos los bautizados. No se puede vivir la fe en Cristo sin dar testimonio de ésta, porque «la fe se fortalece dándola»⁴¹.

El Papa Benedicto XVI nos llama a asumir una actitud crítica de discernimiento y a realizar una relectura del presente a partir de la perspectiva de **esperanza** que el cristianismo la ofrece como don⁴². Por muchas razones, al hombre de hoy, sometido a tantas presiones, le conviene tomar conciencia de que no puede dejarse llevar fácilmente por tantos “intereses”, o escenarios, sin desarrollar una actitud crítica de los estilos de vida, valores, estructuras, lenguajes... Al mismo tiempo, deberá funcionar con autocrítica para aprender a comprenderse a sí mismo a partir de las propias raíces. Estas son las pistas que se nos ofrecen:

1.1.- La “nueva evangelización” que propone la Iglesia significa ponernos en marcha, discernir los cambios que están afectando la vida cristiana en varios contextos culturales y sociales, hacer una relectura de la memoria de la fe, asumir nuevas responsabilidades y energías en vista de una proclamación gozosa y contagiosa del Evangelio de Jesucristo⁴³. Esto nos obligará a formularnos la pregunta sobre Dios en

41 *Redemptoris Missio*, 2.

42 Cf. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Spe salvi* (30 de noviembre de 2007), 22: AAS 99 (2007) 1003-1004.

43 Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa* (28 de junio de 2003), 2: AAS 95 (2003) 650, que además hace referencia al n. 2 de la declaración final de la Primera Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para Europa, 1991. Cf. igualmente *Ecclesia in Europa*, 45: AAS 95 (2003), 677.

medio de nuestro mundo, de la sociedad, y mostrar cómo la fe ilumina nuestra historia y favorece al hombre.

1.2. La Iglesia nos invita a salir a la calle, a no encerrarnos en los recintos de nuestras comunidades y de nuestras instituciones, sino aceptando el desafío de entrar dentro de estos fenómenos, para tomar la palabra y ofrecer nuestro testimonio desde dentro. Ésta es la forma que la *martyría* cristiana asume en el mundo de hoy, aceptando la confrontación también con aquellas formas recientes de ateísmo agresivo o de secularización extrema, cuya finalidad es eclipsar la cuestión de Dios en la vida del hombre. La misión es ser levadura.

1.3. La “nueva evangelización” significa para la Iglesia llenar las carencias y faltas de respuesta del mundo a las cuestiones vitales desde la fuerza profética y transformadora del mensaje evangélico, hacer que emerja la cuestión de Dios en la vida de los hombres. Todas las obras de caridad y los trabajos para sostener al hombre que cae, al débil, estar cerca de los hermanos que sufren, abrir puertas y defender la dignidad de las personas y de la vida, los trabajos de solidaridad... son el lenguaje del amor que la Iglesia da y que el mundo comprende perfectamente.

1.4. No es necesario recordar lo que es sabiduría común en la Iglesia, pero conviene refrescar la mente, para que a la hora de detenerse a reflexionar no pongamos en segundo plano, por sabido, lo siguiente: que sólo pueden evangelizar los que antes han sido evangelizados. Es decir, sólo pueden ofrecer la forma de vida de Jesús los que han tenido la experiencia de fe de que Jesús es una persona real y viviente, presente en la comunidad y en la propia vida. Evangelizar es siempre testimoniar lo que hemos visto y oído. Y sólo se puede evangelizar con el mismo estilo de Jesús, es decir, invitando y no imponiendo, desde la pobreza y nunca desde el poder, estando dispuestos a cargar con la cruz: en una palabra, amando a las personas hasta las últimas consecuencias.

1.5. El Papa Benedicto XVI ha puesto de relieve una realidad muy importante para este campo de la nueva evangelización, especialmente para los más alejados, que no son el objeto de nuestra persuasión,

sino “interlocutores en el contexto de un diálogo que nos descubre a todos unidos por la misma humanidad y en la búsqueda de la verdad de nuestra existencia”⁴⁴. El Papa propone el llamado “*atrio de los gentiles*”, inspirado en la escena del templo cuando Jesús lo desalojó de negocios ajenos a fin de que el lugar quedara libre para los gentiles que querían orar allí al único Dios, aunque no podían participar en el misterio, a cuyo servicio estaba dedicado el interior del templo; de este modo se pensaba en personas que conocen a Dios, por decirlo así, sólo de lejos; que no están satisfechos de sus dioses, ritos y mitos; que anhelan al Puro y al Grande, aunque Dios siga siendo para ellos el “Dios desconocido” (cf. Hch 17, 23). Sugiere el Santo Padre que “la Iglesia debería abrir también hoy una especie de “atrio de los gentiles” donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia»⁴⁵.

2. Anima a fortalecer la fe

2.1. Saber escuchar a Dios. La fe, como hemos venido insistiendo, descansa en un “sí” confiado a Dios. Cuando uno ha conocido a Dios, no necesita más, “sólo Dios basta”, decía Santa Teresa de Ávila, por eso es comprensible su confianza absoluta. El creyente no es un “desgraciado” que no sabe lo que quiere y ha venido a caer en la Iglesia, sino la persona libre que conoce el rostro del Señor y ha sabido abrirse a lo más hondo del Misterio, acogiendo en su ser a Dios, su Salvador. Confiarse a Dios es una decisión radical e incondicional que no brota en nosotros de cualquier manera, a partir de pruebas y argumentos.

44 Cf. SÍNODO OBISPOS. XIII Asamblea, *Lineamenta...* 5; cf. Is 56, 7; Mc 11, 17.

45 Cf. SÍNODO OBISPOS. XIII Asamblea, *Lineamenta...* 5; Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad* (21 de diciembre de 2009): *L'OSSERVATORE ROMANO* (ed. española, 25 de diciembre de 2009), 12. La misma imagen del “patio de los gentiles” es citada por el Papa Benedicto XVI en el *Mensaje* para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2010. En este texto los nuevos “patios de las gentes” son los espacios de socialización que los nuevos *media* han creado, y que están acogiendo cada vez más personas: nueva evangelización quiere decir imaginar senderos para el anuncio del Evangelio también en estos espacios ultramodernos.

La persona de fe ha sido quien ha abierto su casa a Dios, en lo más íntimo de su intimidad, lo ha acogido con todo el corazón y ha escuchado su voz, su invitación determinante a seguirle. La confianza en Dios se despierta cuando sabemos “escuchar”.

Para mantener viva la llama de la fe se debe tener una comunicación sincera con Dios y dejar la puerta de tu ser abierta, para poder escucharle. La oración ha sido la primera lección que Jesús enseñó a sus discípulos, la mejor vía de comunicación con Dios; les enseñó el Padrenuestro, el tipo y modelo de lo que es orar, para que lo hicieran de corazón cada día. Todos sabemos la importancia del Padrenuestro y de cómo están muy marcados los tiempos de la oración: primero dar gracias y luego pedir. Para orar no es necesario hablar y hablar... decirle a Dios muchas cosas, lo más importante es saber escuchar. Hacer silencio. Estar ante Él. Disponernos a percibir su presencia amorosa⁴⁶.

Saber escuchar a Dios es ser oyente de su Palabra. Pido a Dios que seamos capaces de dejar que esta Palabra entre hasta lo más hondo de nuestro ser y eche raíces en el corazón, porque nuestra vida debe estar edificada sobre ella. Los creyentes, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, “seréis un eslabón en la gran cadena de los fieles. No se puede creer sin estar amparado por la fe de los demás, y con mi fe contribuyo también a ayudar la fe de los demás⁴⁷. En el seno de la Iglesia encontramos el ámbito para crecer en la fe y para educar el oído en la escucha de la Palabra de Dios.

2.2. Celebrar y testimoniar la fe. Para los que han dado sentido a sus vidas abrazando la fe, celebrar los sacramentos es el modo privilegiado para consolidarla y para transmitirla, pues en los distintos sacramentos se proclama la Palabra, se participa en la alabanza a Dios, además de recibir la eficacia del sacramento con la fuerza del Espíritu.

46 Cf. BENEDICTO XVI, *El desafío de transmitir la fe a las nuevas generaciones*, junio 2011: “es necesario educar en el silencio y la interioridad. Confío que en las parroquias de Roma los itinerarios de iniciación cristiana eduquen en la oración para que penetre en la vida y ayude a encontrar la Verdad que habita nuestro corazón”.

47 CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 166.

Celebrar la fe en los sacramentos y todos los días en la Eucaristía, es celebrar la presencia amorosa y misericordiosa de Dios que no se olvida de sus hijos. Necesitamos celebrar la Eucaristía porque acrecienta nuestra unión con Cristo, es el sacramento de la *unidad*, el vínculo de la *caridad* y la prenda de la *inmortalidad*. La Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía⁴⁸. El perdón, la reconciliación, la fraternidad, la paz son premisas, frutos y prendas de la Eucaristía.

La parroquia es el ámbito natural para vivir la fe y ofrece maravillosas oportunidades pastorales. Los fieles participan vivamente en la celebración de la Eucaristía, por eso los sacerdotes, como les pide la Iglesia, cuidan especialmente este Sacramento cuando preparan sencillas y discretas catequesis que ayuden a comprender el mensaje litúrgico, sin necesidad de introducir novedades en la celebración, ni hacer de la Misa un espectáculo.

Particularmente, en los sacramentos de la iniciación cristiana, la familia debe cuidar la preparación y vivencia de los mismos. Es la familia la que lleva al recién nacido a la Iglesia para que sea bautizado y la que lo va introduciendo en la Comunidad hasta recibir la Sagrada Comunión⁴⁹ y la Confirmación. Este es un reto y una tarea para cada cristiano, pero lo es también para la familia y para una Iglesia diocesana.

Todos estamos llamados a anunciar el Evangelio: a los sacerdotes se les pide que cuiden con celo sus responsabilidades apoyando a los

48 Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*, 2003, 11: *La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...»* (Catecismo de la Iglesia Católica, 1085).

49 Cf. BENEDICTO XVI, *El desafío de...* o.c. El texto del Papa es muy elocuente y será bueno leerlo: *Sobre todo los padres, quienes tienen la tarea de pedir el Bautismo para sus propios hijos. ¡Qué grande es este don que la liturgia llama “puerta de nuestra salvación, inicio de la vida en Cristo, fuente de la nueva humanidad”* (Prefacio del Bautismo). *Todos los papás y mamás están llamados a cooperar con Dios en la transmisión del don inestimable de la vida, pero también a dar a conocer a Aquel que es la Vida. Queridos padres, la Iglesia como madre cariñosa trata de apoyarlos en esta tarea fundamental. Desde que son pequeños, los niños tienen necesidad de Dios y tienen la capacidad de percibir su grandeza; saben apreciar el valor de la oración y de los ritos, así como intuir la diferencia entre el bien y el mal. Acompañados, por tanto, en la fe, desde la edad más tierna”*.

padres, con toda la ayuda necesaria, en el crecimiento de la fe de sus hijos; a los padres se les pide que sean transmisores de la fe a sus hijos, no de palabra sólo, sino yendo ellos delante con el ejemplo; también la Iglesia reconoce y valora el papel de los abuelos en esta tarea evangelizadora y transmisora de la fe, más cuando hay dificultades y son ellos los que asumen la responsabilidad; a los docentes en las escuelas, a los enfermos, médicos y enfermeros en hospitales, a los presos y funcionarios en los centros penitenciarios; a los alumnos, profesores y personal de servicios y administración en las universidades...; a todos, decidle a todos que “La felicidad que buscáis, la felicidad que tenéis el derecho de experimentar tiene un nombre, un rostro: el de Jesús de Nazaret, escondido en la Eucaristía”⁵⁰.

3. Criterios de evangelización en la Universidad Católica

3.1. Punto de partida. Una universidad también está llamada a plantearse el tema de la evangelización, como Buena Noticia. Son muchas las razones que animan a esto, pero antes que ninguna, porque el centro de su atención es el hombre y, porque no hay más que una cultura, la humana: la del hombre y para el hombre⁵¹. Pero si la universidad se llama Católica tiene muchas más razones, porque entre las enormes tareas que lleva adelante, debe cuidar, mimar, proteger e investigar los misterios del hombre y del mundo, estudiar sus problemas, las raíces y las causas de los mismos y darles una respuesta a la luz de la Revelación⁵². Esto es un tema al que una Universidad Católica no puede renunciar.

50 BENEDICTO XVI, *a los jóvenes* en la JMJ de Colonia 2005.

51 Cf. JUAN PABLO II, Discurso a la Universidad de Coimbra, 15-V-1982.

52 Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica « *Veritatis Splendor* », n. 32-33; Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA y CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS, CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria*. 1994: “*La Universidad católica, para cumplir su función ante la Iglesia y ante la sociedad, tiene la tarea de estudiar los graves problemas contemporáneos y de elaborar proyectos de solución que concreten los valores religiosos y éticos propios de una visión cristiana del hombre*”.

Una Universidad Católica tiene la especial responsabilidad de consagrarse sin reservas a la causa de la verdad, por su inspiración evangélica, debe servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia⁵³. La verdad es el valor fundamental en su vocación de servicio y la norma para ayudar al hombre en el crecimiento integral, porque la fuente de su inspiración no es otra, sino Jesucristo, el que le da la Luz y la Vida⁵⁴. La defensa de la verdad le salvaguarda su libertad, los criterios para la justicia y la dignidad de todo hombre.

Otro aspecto esencial, como finalidad de la Universidad Católica, está señalado por el Beato Papa, Juan Pablo II, recogiénolo del Concilio Vaticano II⁵⁵: hacer que se logre “una presencia, por así decir, pública, continua y universal del pensamiento cristiano en todo esfuerzo tendiente a promover la cultura superior y, también, a formar a todos los estudiantes de manera que lleguen a ser hombres insignes por el saber, preparados para desempeñar funciones de responsabilidad en la sociedad y para testimoniar su fe ante el mundo”.

Toda la familia universitaria, con el título de Católica, por tanto, con clara inspiración cristiana católica, debe saber desde el mismo momento que comienza su aventura, como profesor o como alumno, de la importancia de su reflexión a la luz de la fe católica, con entera fidelidad al mensaje cristiano y con vocación institucional al servicio del pueblo de Dios. Todo esto, sin que se empañe la seriedad en la enseñanza y la formalidad en la investigación, con los mejores métodos a su alcance, con el rigor propio de cada disciplina académica y con la meta de ser un centro de referencia para el mundo científico y académico.

La Universidad Católica tiene que preparar hombres y mujeres competentes en sus disciplinas, amigos de la verdad y libres para pre-

53 JUAN PABLO II, Constitución Apostólica, *Ex Corde Ecclesia*, 1990, 4.

54 BENEDICTO XVI, *Discurso a los profesores universitarios jóvenes*, Madrid, 2011: “La Universidad es: “la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. Jn1,3)”.

55 CONCILIO VATICANO II, *Gravissimum educationis*, Declaración sobre educación cristiana de la juventud, 10.

sentar el fruto de su estudio, y “si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad”⁵⁶. La dignidad del ser humano y la libertad de cátedra justifica aquello, sin olvidar esto: “La Universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor”⁵⁷.

Toda Universidad Católica, como institución, debe gozar de “todo el derecho a esperar, de parte de la sociedad civil y de las Autoridades públicas, el reconocimiento y la defensa de su autonomía institucional y de la libertad académica, necesaria para que tengan asegurada su existencia y desarrollo”⁵⁸, como lo tiene reconocido la Universidad Católica San Antonio, por esta Iglesia de Cartagena.

3.2. Presencia de la Iglesia en la Universidad. La presencia de la Iglesia en una Universidad Católica está justificada por la necesidad de seguir ofreciendo la posibilidad efectiva de un encuentro con Jesucristo, para apoyar a los católicos comprometidos en la vida de la Universidad, sean profesores, estudiantes, investigadores o colaboradores, y para preocuparse del anuncio del Evangelio a todos los que en el interior de la misma no lo conocen todavía y están dispuestos a acogerlo libremente. Su acción se traduce también en diálogo y colaboración sincera con todos aquellos miembros de la comunidad universitaria que estén interesados por la promoción cultural del hombre y el desarrollo cultural de los pueblos.

56 *Ex Corde Ecclesia*, 32

57 *Discurso a los profesores universitarios jóvenes*, Madrid, 2011.

58 *Ex Corde Ecclesia*, 37

La Iglesia pide, explícitamente, que la Diócesis, con su Obispo a la cabeza, sacerdotes, religiosos y laicos favorezcan todas las posibilidades para ayudar a que pueda desarrollarse la tarea docente con todos los medios que demande, especialmente en lo que se refiere al ámbito de acción pastoral evangelizador. Pensemos en la vida de fe de profesores y alumnos y en la ayuda que el tiempo de universidad les puede ofrecer para madurar en su existencia cristiana, sin olvidar la ayuda para la integración en la vida de fe de los alumnos que han venido de otros lugares. La autonomía universitaria no es un obstáculo para testimoniar explícitamente la fe o para vivirla.

Precisamente, por todo lo anterior, tiene una especial importancia crear y cuidar la capellanía universitaria, que constituye una de las mayores posibilidades para el anuncio del Evangelio, mediante las actividades de animación y de toma de conciencia de la propia fe. La pastoral universitaria, dentro de las posibilidades, debe ofrecer oportunidades para el primer anuncio de la fe a los que no conocen al Señor, así como para los que ya conocen, puedan madurar en ella. El trabajo desde la capellanía es apasionante cuando se brinda la experiencia de poder vivir en una comunidad cristiana y la de un compromiso de fe misionero. Estas oportunidades de crecimiento integral, durante este tiempo académico, les valdrán a los estudiantes para continuar viviendo activamente en la sociedad y en la Iglesia.

3.3. Aportación de los profesores católicos. La fe es fuente irradiante de una vida nueva y de una auténtica cultura cristiana. Los profesores y demás personal de una Universidad Católica, laicos en su mayoría, gozáis de una legítima autonomía para ejercer vuestra vocación apostólica específica y para alentarla vivamente, dentro de la efectiva actividad docente. Es necesario y urgente que los profesores católicos presentes en la Universidad deis un testimonio de ejemplaridad, comunión, estímulo y fortaleza, “unidos a esa cadena de hombres y mujeres que se han entregado a proponer y acreditar la fe

ante la inteligencia de los hombres”, como les decía el Papa a los jóvenes profesores universitarios en Madrid.

Los profesores católicos juegan un papel fundamental, porque son un icono, un modelo de estilo y de trabajo, en definitiva, un ejemplo para los alumnos. Salvando la prioridad al respeto a la persona, ofrecen el testimonio del hombre nuevo ‘siempre dispuesto a dar respuesta a todo el que le pida razón de su esperanza’, haciéndolo con ‘dulzura y respeto’ (Cf. 1Pe 3, 15-16).

Benedicto XVI, en Madrid, les pedía con valentía a los profesores que fueran puntos de referencia, que “los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar”. He creído necesario recordar esto, porque la figura misma del intelectual católico, a la que se refería el Papa, casi parece haber desaparecido de los espacios universitarios, salvo honrosas excepciones; en este punto los estudiantes lamentan dolorosamente la falta de unos verdaderos maestros, cuya presencia asidua y disponibilidad personal hacia ellos podrían asegurarles un acompañamiento de calidad.

El testimonio del profesor católico consiste en abrir el horizonte a las inquietudes últimas y fundamentales, en la generosidad estimulante de una presencia activa ante las preguntas, a menudo no formuladas, de esos espíritus jóvenes que andan a la búsqueda de referencias y certezas, de orientación y de metas. Debe ofrecer precisión y profundidad en el verdadero significado de la libertad, justicia, responsabilidad, espíritu de trabajo, en definitiva, en las ciencias del hombre. Teniendo en la base una buena antropología se llega a formar personalidades firmes, a dar criterios éticos y morales a los alumnos de cara a una sociedad sana; que distingan entre lo que significa vivir con criterios de fe en una sociedad confusa y pluralista, de los que es-

tán lejos de este valor. Todos reconocemos el peso del que ha sido para uno un verdadero maestro, un profesor ejemplar. Pido a Dios que no se queden mis palabras en el aire, porque de esto dependerá la vida del mañana en la sociedad. La Iglesia y la Universidad esperan de los profesores una competencia de alto nivel y una sincera comunión eclesial.

No es posible que me olvide de un campo elemental. Una Universidad Católica es un espacio privilegiado para el diálogo con todas las instituciones acerca de las cuestiones que le preocupan al hombre de hoy, tanto de orden histórico, filosófico, político, como de cuestiones que afectan a la defensa de la vida misma del hombre: biología, medicina...; importa abrir diálogo y aportar vías de salida a la presión que ofrecen el relativismo, la secularización, el laicismo o las ideologías de todo tipo, pero con criterios limpios, con la fuerza de la presencia viva de Nuestro Señor, Salvador del mundo. Se trata de recuperar con normalidad el diálogo entre la razón y la fe, las dos alas⁵⁹ de las que dispone el hombre para contemplar la verdad y responder a la llamada de Dios, pero con “equilibrio y respeto mutuo”⁶⁰.

El apostolado del laico profesor es fructuoso en la medida en que es eclesial. Entre los criterios de valoración destaca el de la coherencia doctrinal de las diversas iniciativas con la identidad católica; a éste hay que añadir el de la ejemplaridad moral y profesional, que, junto a la vida espiritual, garantiza la autenticidad irradiante del apostolado laico.

59 JUAN PABLO II, Carta Encíclica, *Fides et Ratio*, 1998: “La fe y la razón (*Fides et ratio*) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo (cf. Ex 33, 18; Sal 27 [26], 8-9; 63 [62], 2-3; Jn 14, 8; 1 Jn 3, 2)”.

60 BENEDICTO XVI, Discurso no pronunciado en la Universidad, La Sapienza, de Roma, 2008: “Ahora bien, si la razón, buscando su presunta pureza, hace oídos sordos al gran mensaje que procede de la fe cristiana y de su sabiduría, se reseca como un árbol cuyas raíces dejan de tocar las aguas que dan vida”.

Un objetivo urgente de la Universidad Católica podría ser también el hacer valer la influencia de la fe en la cultura de nuestra sociedad y de nuestro pueblo, porque a algo tan incuestionable como eso, se le ha etiquetado negativa y absurdamente, aunque bastaría con abrir los ojos, para darnos cuenta de los muchos frutos que producido y de la enorme creatividad que ha hecho despertar a lo largo de los siglos, creando un patrimonio cultural fantástico en nuestros pueblos y ciudades. No podemos dejarnos llevar de complejos ante los que levantan la voz y llegaron después. Piénsese en el campo de las artes, de las letras, la aportación a la filosofía, arquitectura, a todas las ciencias del hombre... Ha sido la fe, la que ha dado origen al tesoro de incontables bibliotecas, a la creación de muchas de nuestras universidades de gran prestigio, entre otras, a la que le cerró las puertas al Papa, la Sapienza de Roma⁶¹, y cómo se mantiene en silencio y qué manto de sombra se le ha puesto a ese y otros datos históricos...

Parece triste el comentario de Mons. Sebastián para terminar, pero no le falta razón: "En la clase intelectual española, poco brillante en estos momentos se ha instalado el convencimiento de que la fe es más bien una actividad parásita que deforma y empobrece la vida cultural de nuestro pueblo. En estos momentos, el aprecio y aún el respeto por la religión en general, y por la cristiana en particular, en nuestras universidades públicas, está en niveles muy bajos"⁶². *¿Quién quitará esa espina?, ¿quién me presta una escalera, para subir al madero, para quitarle los clavos...? ¡...siempre con sangre en las manos, siempre por desenclavar!*⁶³.

61 La Universidad de la Sapienza, de Roma su fundación fue impulsada por el Papa Bonifacio VIII, la institución dependía directamente de la autoridad eclesiástica, como sucesivamente, cuando el Studium Urbis se desarrolló como institución del Estado italiano.

62 FERNANDO SEBASTIÁN, *Evangelizar*, 2010, 343.

63 ANTONIO MACHADO, *La saeta, Campos de Castilla*.

CONCLUSIÓN

En el año 2008 fue invitado Benedicto XVI, como Obispo de Roma, a la Universidad, La Sapienza, de Roma, pero tuvo que suspender la visita programada, a la universidad que tiene el mayor número de alumnos de Europa y que precisamente fue fundada por un Papa, Bonifacio VIII, en 1303, por cuestiones de intolerancia. El Pontífice se preguntaba en ese discurso no leído: «¿Qué hace o puede decir el Papa en la universidad?». A la pregunta responde, después de un espléndido discurso, al final del mismo y con una sencillez admirable, pero con una contundencia y claridad digna de ser enmarcada, para que se tenga en cuenta, como criterio, en una Universidad Católica: “Seguramente (el Papa) no debe tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que sólo puede ser donada en libertad. Más allá de su ministerio de Pastor en la Iglesia, y de acuerdo con la naturaleza intrínseca de este ministerio pastoral, tiene la misión de mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro”. Con estas palabras del Papa pretendo justificar mi interés por la vida, actividad y crecimiento de esta querida Universidad, que nació para evangelizar el mundo de la cultura.

He hecho un recorrido muy amplio en esta presentación de la Evangelización, cuyo destino es el hombre, con la única intención de hacerme eco de la invitación que el Santo Padre nos ha propuesto en este año a toda la Iglesia universal. Nos ha pedido que nos unamos a él para conmemorar, de una manera digna y fecunda, el don precioso de la fe. Creo haberme ajustado a su petición de “intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa”. Tiene

otra petición, muy importante para este momento histórico que estamos viviendo: “confesar públicamente la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza en el Señor Resucitado”, que yo he potenciado en toda la Diócesis de Cartagena, en su catedral, parroquias, movimientos, casas y familias... y, naturalmente, en esta Universidad Católica de San Antonio de Murcia. Ésta será una buena oportunidad de valorar e intensificar la celebración de la fe en la Liturgia y de potenciar el testimonio de vida de los creyentes para que sea cada vez más creíble. La razón de todo esto la da el Santo Padre en su Carta Apostólica: “Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año”⁶⁴.

Muchas gracias.

64 *Porta Fidei*, 9.

